

Historia de la  
**CONSTRUCCIÓN**  
**DE EUROPA**  
después de  
1945



Kahn, Sylvain  
Historia de la construcción de Europa después de 1945 / Sylvain Kahn.  
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Ateneo, 2023  
480 p.; 23 x 16 cm.  
Traducción de: Silvia Kot.  
ISBN 978-950-02-1387-5  
1. Historia. 2. Ensayo Histórico. 3. Europa. I. Kot, Silvia, trad. II. Título.  
CDD 940.53

*Historia de la construcción de Europa después de 1945*

Título original: *Histoire de la construction de l'Europe depuis 1945*

© Copyright (2021) Humensis

Traducción: Silvia Kot

Derechos para América Latina en lengua castellana

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2023

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4943 8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Carolina Genovese

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño: MilPalabras estudio

Impreso en Arcángel Maggio,

Lafayette 1695,

Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
en julio de 2023.

Tirada: 3000 ejemplares

1ª edición: julio de 2023

ISBN: 978-950-02-1387-5

Queda hecho el depósito que  
establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Los consejos dados por el autor en este libro son recomendaciones abiertas y generalizadas. De ningún modo reemplazan o pretenden reemplazar el asesoramiento o consejo profesional especializado y personalizado en la materia. Consulte con su profesional especializado y personalizado antes de poner en práctica cualquier sugerencia y/o consejo que el autor pueda indicar en el presente libro. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de los consejos, sugerencias o prácticas que puedan ser propuestas por el autor en el presente libro.

*El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley nº 11.723).*



Historia de la  
**CONSTRUCCIÓN**  
**DE EUROPA**  
después de  
1945

Sylvain Kahn

Traducción de Silvia Kot

 *Editorial El Ateneo*



# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
PRIMERA PARTE: 1945-1957	15
<b>En los orígenes de la integración europea: el mantenimiento de las independencias nacionales</b>	
- Capítulo 1. 1945-1950, Europa, año cero	17
- Capítulo 2. 1950-1954, un proyecto de integración delimitado por las circunstancias	52
- Capítulo 3. 1954-1957, el nacimiento de un sistema europeo totalmente inédito	78
SEGUNDA PARTE: 1958-1989	101
<b>La integración europea por medio del mercado común, piedra angular de los equilibrios políticos, sociales y económicos nacionales</b>	
- Capítulo 4. 1958-1971, la revolución europea	103
- Capítulo 5. 1971-1984, la cuádruple crisis	137
- Capítulo 6. 1984-1989, el relanzamiento	169
TERCERA PARTE: DESDE 1989 HASTA EL FINAL DE LOS AÑOS 2000	219
<b>La integración sin Cortina de Hierro: la mutualización de las soberanías nacionales por parte de los países del continente</b>	
- Capítulo 7. De Doce a Veintiocho: veinticinco años de ampliación	221
- Capítulo 8. De Maastricht a Lisboa, veinte años de construcción institucional y diplomática	269

<b>CUARTA PARTE: DESDE 2010</b>	<b>299</b>
<b>Desafíos de una magnitud sin precedentes para la     recuperación en la pandemia</b>	
- <b>Capítulo 9. La crisis económica y social</b>	<b>305</b>
- <b>Capítulo 10. La crisis política y democrática</b>	<b>319</b>
- <b>Capítulo 11. La crisis geopolítica</b>	<b>342</b>
- <b>Capítulo 12. La recuperación en la crisis del covid-19</b>	<b>370</b>
- <b>Capítulo 13. 2019: Europa se encarna</b>	<b>393</b>
<b>CRONOLOGÍA</b>	<b>431</b>
<b>EL AUTOR</b>	<b>479</b>



# INTRODUCCIÓN

La historia de la construcción europea tiene, sobre todo, la reputación de lo que no sería: colorida, heroica, romántica, violenta, terrible, insondable, sexy, viril, confusa, aterradora, apasionante. Al mismo tiempo, es demasiado reciente, demasiado joven para ofrecer la alegría de actualizar estructuras profundas de un lejano pasado en las que los europeos puedan sumergirse en busca de sus orígenes o de la alteridad. La historia de la construcción europea combina entonces dos defectos: no ser ni épica ni misteriosa. En pocas palabras, la historia de la construcción europea no hace soñar ni es una pesadilla. Esto es un problema. Es un problema para los lectores. Es un problema para los autores cuyo objeto de estudio y de investigación es precisamente esa construcción europea.

Esta observación señala, sin embargo, la particularidad de lo que no es más que un pequeño trozo de historia amarilla y azul en el inmenso, rico y abigarrado cuadro de la historia de los europeos: no tiene nada que ver con las sensaciones que ofrece el resto del cuadro, pero ofrece su sentido contemporáneo. Que la historia de la construcción europea no haga soñar muestra su radical novedad en la historia de los europeos. Es la de una revolución de una profundidad inusitada, sin violencia, ni derramamiento de sangre, ni mártires, ni héroes, ni “malvados”. Sin desarraigo de la sociedad ni cambio de régimen.

La expresión “construcción de Europa” es detestable, engañosa y pretenciosa. Tiene algo de arrogante. En efecto, ¿qué es esa secuencia histórica de medio siglo autoproclamada “construcción de Europa”,

cuando en la percepción de todos Europa es una historia viva de 2500 años? Los europeos *son* desde hace cien generaciones. Cada europeo pertenece a la generación número noventa y nueve, noventa y ocho, o incluso noventa y siete: intuitivamente, recusa ese truco de magia discursivo y político. Sabe perfectamente que Europa no lo esperó para construirse desde hace siglos. Que los europeos son herederos de una larga historia. Y que esa pretensión de los líderes actuales de construir Europa y convencer a sus ciudadanos de que son los actores de una inmensa aventura tiene algo de usurpación. Ese sentimiento es muy fuerte, sobre todo porque la historia de Europa no es ni épica ni exótica: ¿están construyendo algo histórico, fuera de una época razonable y tranquila? ¿Por qué llamar *construcción europea* a esta época en la cual, precisamente, desde la escuela, con las ciencias humanas y sociales, deconstruyen lo que les legó la historia de Europa?

Por este motivo, puede ser preferible la expresión “integración europea”, incluso con sus defectos. En la conciencia histórica contemporánea, entra en resonancia con la percepción compartida de que, si bien los europeos hicieron la civilización, lucharon y se destrozaron entre ellos, y lucharon contra los demás. La expresión “integración europea” indica esa tendencia muy reciente de los europeos a cristalizar juntos en un sistema político compartido. Más secretamente, la palabra *integración* entra también en resonancia con la percepción confusa y oscura, para algunos alimentada por la vida personal, de que los europeos atravesaron, hace muy poco tiempo, una experiencia de desintegración única en la historia de la humanidad.

En este sentido, la expresión que estaría más cerca de lo que los europeos viven desde hace tres generaciones sería “reconstrucción europea”, pues la verdad es que, en mayo de 1945, estaban destruidos. La realidad es que, en junio de 1989, su parte oriental aún estaba rota, sojuzgada. Pero nadie puede pasar su propia historia reconstru-



## INTRODUCCIÓN

yéndola. La reconstrucción tiene un tiempo. Para construir la propia historia, es más eficaz mirar al futuro, edificar. Ese es el sentido de la palabra *construcción*. La construcción europea es un proyecto: un proyecto político, un proyecto de sociedad. Es un deseo de vivir juntos. La palabra *integración* no expresa lo mismo. Ese término pone el acento en el proceso. Mientras que *construcción* pone el acento en los actores y el proyecto. De hecho, la construcción europea es justamente eso: un proyecto.

Esto constituye su debilidad y su fuerza, su grandeza y su mediocridad. La construcción europea no tiene más densidad histórica de la que los europeos quieren darle. La construcción de Europa significa en realidad el proyecto político por el cual los ciudadanos de los diferentes Estados de Europa construyen juntos y libremente una comunidad y un sistema políticos compartidos. Europa es un país en formación, un régimen político. La Unión Europea no es un pueblo, no es una nación. Los habitantes de la Unión Europea no vibran por ella. Esa es la inmensa diferencia entre ella y las patrias que la componen. En cada uno de los países europeos, los regímenes pueden cambiar o desaparecer, pero el país permanece. Actualmente, en la construcción europea, si se quitan el régimen, las instituciones y las políticas públicas, quedan los europeos y los países de Europa.

Es posible que esta construcción europea esté en sus comienzos. Es posible que siga así dentro de varios siglos. Que no haya durado más que cuatro o cinco generaciones. No podemos saberlo. Pero sabemos que la historia y el tiempo de la construcción europea son aquellos en los que los Estados nación deciden en forma soberana mutualizar zonas enteras de soberanía, y hacerlo solo entre países democráticos, renunciar a la guerra y, en parte, a las fronteras.

Este hecho es inédito, no solo en la historia de los europeos, sino en la historia mundial. Mutualizar es un poco más que poner

en común: es poner en común en una forma libremente consentida. No es exactamente delegar: los Estados nación que componen la Comunidad Europea conservan su soberanía. Pero sus respectivos gobiernos ejercen esa mutualización en forma conjunta y solidaria, en nombre de tratados que escribieron y firmaron juntos, ratificados por las representaciones nacionales. Entonces, en estos momentos, hay soberanía europea (o, si se prefiere, comunitaria). En la actualidad, la Unión Europea (UE) es el único “país” del mundo que experimenta esto. En ese sentido, la UE no tiene nada que ver, en rigor, con una organización internacional.

Por eso, la historia de la construcción de Europa —entendida como la historia de esa Europa comunitaria— comienza en 1945 y no antes. Comienza el día en que la idea de soberanía nacional queda, si no destruida, al menos diluida. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo estaba profundamente desacreditado. En las décadas anteriores, había sido una de las ideas dominantes de aquellas sociedades. Una de las causas en cuyo nombre las anteriores generaciones europeas estaban dispuestas a dar su vida... y a matar a otros europeos en el campo de batalla.

Más aún: el nacionalismo ha sido uno de los principales componentes del fascismo. Es difícil imaginar hoy la prodigiosa seducción que ejerció el fascismo sobre tantos europeos en el período de entreguerras. Hubo un momento fascista en el que esa ideología fue dominante, cuando había en Europa más regímenes fascistas que democracias liberales. Hoy podemos (y seguramente debemos) preguntarnos qué es lo que la empresa nazi les ha arrebatado, a veces irremediabilmente, a los europeos y a la humanidad. Podemos imaginar también que el fascismo podría haber salido victorioso de la Segunda Guerra Mundial que quiso y provocó. La Europa de hoy podría haber sido el resultado de una victoria de la Alemania nazi y sus aliados.

## INTRODUCCIÓN

Antes de la Segunda Guerra Mundial, la construcción europea pudo haber sido una idea de algunos. Cuando logró inspirar la acción de actores políticos, económicos y sociales, como, de un modo efímero, la de Aristide Briand en 1929, ya no se podían mutualizar las soberanías nacionales. Al terminar la guerra, en la posguerra, era una opción que había quedado en el espíritu de la época. Los tiempos habían cambiado. Los dirigentes de gobierno y de partidos políticos que emprendieron la construcción europea no habían imaginado de antemano —y menos aún en el tiempo de entreguerras— la política que pusieron en marcha. La construcción europea es más bien hija de la guerra y del desastre. Además, aquellos a quienes extrañamente se los llama “padres de Europa” tenían, entre 1950 y 1957, edad para ser abuelos. Konrad Adenauer, Joseph Bech, Johan Willem Beyen, Alcide de Gasperi, Walter Hallstein, Joseph Luns, Guy Mollet, Jean Monnet, Robert Schuman y Paul Henri Spaak ya tenían cargos importantes antes de 1939, y algunos, antes de 1919. Vivieron el desastre desde adentro, y, como les ocurrió a muchos otros demócratas, no todos comprendieron cabalmente el poder de la ola que se preparaba para terminar con ellos. Pero, al igual que sus conciudadanos, salieron de la guerra conmocionados. El filósofo Karl Jaspers dijo en 1946:

[Antes de la guerra], el pensamiento y el equilibrio de las potencias disimulaban la contradicción destructora que residía en la exigencia de una soberanía absoluta para todo Estado y que rompía sin cesar la comunidad de los Estados. [...] Todas las declaraciones que hacen hoy los hombres de Estado son las mismas: una política de potencia ya no tiene ningún sentido para Europa, sino dentro de un orden mundial que les dé a todos la paz, y a Europa, su tarea y su oportunidad.

Por supuesto, hay muchas maneras de contar la historia de lo que hoy se denomina Unión Europea, se la llame “construcción” o “integración”. La mayoría de nuestros contemporáneos saben que hay dos grandes etapas: la de la Europa económica, y luego, la de la Europa política. De hecho, el conjunto de la construcción europea es político. La Europa del carbón y del acero (CECA, 1950) es la mutualización, por parte de seis gobiernos y seis parlamentos de países democráticos, de las políticas públicas carboníferas y siderúrgicas. Con el mercado común (CEE, 1957), estos mutualizaron sus políticas comerciales, aduaneras y agrícolas. Con el mercado interior (AUE, 1987), sus territorios económicos, sus fronteras y sus normas de producción: nada más político que el Acta Única Europea. La Unión Europea (Tratado de Maastricht, 1992) mutualiza partes de soberanía monetaria, policial, militar, diplomática y judicial. Esta última empezó a ser mutualizada en 1960 con la acción del Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas instalado por los Estados.

¿Por qué, cómo y por quién fueron tomadas esas decisiones? ¿Cuál fue, a lo largo de esta historia en curso, la parte de las circunstancias, de los intereses, de las relaciones de fuerza y de las ideologías? A pesar de la extensión progresiva de esta mutualización de la soberanía, la historia de la integración europea no es ni lineal, ni asexuada. Suscita muchos debates y múltiples oposiciones. Esos enfrentamientos la modelaron. No es una necesidad, una fatalidad, ni una mecánica. Por último, no es una esencia: aunque se puede distinguir en ella un sentido y una dirección, estos se modifican con el paso del tiempo. En este aspecto, la desaparición de la Cortina de Hierro, que cortó a Europa en dos desde 1946 hasta 1989, y la unificación alemana imprimieron un giro fundamental en la historia de la construcción europea. Más aún: se escribe de manera diferente según los períodos de su corta historia y los lugares desde los que

## INTRODUCCIÓN

hablan los historiadores, los geógrafos, los politólogos, los juristas, los filósofos, los sociólogos y los economistas que se ocupan de ella.

Las interpretaciones pioneras de los primeros historiadores de la integración europea se centraron en una ideología y en una militancia: las del movimiento europeísta. Como nos recuerda el historiador Antonio Varsori, ellas estaban “influenciadas por un prejuicio federalista”, particularmente en Italia. Al comienzo de la década de 1980, varios grupos de historiadores han interpretado la construcción europea como una manera de que los dirigentes europeos defendieran mejor los intereses nacionales de sus respectivos países en un contexto de guerra fría. Como historiador de la economía, Alan Milward propuso esa interpretación iconoclasta a partir del estudio del plan Marshall y, luego, del establecimiento de la CECA y del mercado común. René Girault, seguido en Francia por Pierre Gerbet y Gérard Bossuat, propuso una interpretación análoga desde el punto de vista del estudio de las relaciones internacionales de los años cincuenta. En los años noventa (en Francia, bajo el impulso, en particular, de Robert Frank), los estudios históricos se extendieron, más allá del estudio de las políticas europeas de los gobiernos, a las acciones de los actores socio-profesionales, a las políticas públicas comunitarias, a la influencia del contexto económico y social, al estudio de las opiniones políticas, a los cambios del lugar de la construcción europea en las opiniones públicas y los partidos políticos. Paralelamente, la historia de las instituciones y de la vida política comunitarias fue favorecida por la Comisión Europea.

Las facetas de la construcción europea vistas por los historiadores son mucho más numerosas que la imagen inevitable y plana, a menudo retransmitida por las instituciones escolares y los informativos de la televisión, que da de sí misma a través de la voz de sus principales actores y de sus principales instituciones.

Sylvain Kahn

**El historiador francés Fernand Braudel dijo en 1981:**

Europa —y sobre todo esta Europa a la que aún se llama ‘pequeña’, aunque creció de golpe y aumentó sus problemas, al pasar de seis a nueve miembros— no es para mí ni una evidencia ni, menos aún, un objeto de fe. A lo sumo, es una realidad que se esboza y toma cuerpo frente a nosotros, una realidad frágil, incierta, quizá provisional, ambigua, sin duda: al mismo tiempo una libertad y una coerción, que debemos experimentar, por separado y todos juntos.





# PRIMERA PARTE:

## 1945-1957

---

En los orígenes de la integración europea:  
el mantenimiento de las independencias  
nacionales

---





## CAPÍTULO 1

### 1945-1950, EUROPA, AÑO CERO

---

#### **El devastador balance de la Segunda Guerra Mundial para los europeos**

El balance de la Segunda Guerra Mundial es el punto de partida de la construcción europea. Ese balance es ciertamente inaudito. Nunca, en la historia de la humanidad, un conflicto había sido tan destructor ni tan mortífero. Esta afirmación vale en particular para los europeos.

#### **El balance de las destrucciones materiales fue inédito e inaudito**

Las destrucciones materiales generadas por la Segunda Guerra Mundial en Europa alcanzaron una magnitud inédita. Para referirse a ellas, los historiadores crearon el concepto de “guerra total”. En la guerra total, los objetivos estratégicos de los ejércitos son tanto militares como civiles. Ya con la Primera Guerra Mundial, los europeos habían experimentado la movilización completa de la sociedad civil para el esfuerzo de guerra. Entre 1914 y 1918, los combates se habían vuelto extraordinariamente mortíferos. El uso de los avances científicos e industriales para la muerte les había dado a las armas

un poder nunca visto. La cantidad de muertos fue excepcionalmente elevada. Durante la Segunda Guerra Mundial, esas características se reprodujeron y ampliaron. Además, esta vez, se tomaron como blancos los lugares de residencia y de trabajo de las poblaciones civiles. Se trataba de quebrar el esfuerzo de guerra enemigo. Se trataba de desmoralizar, y hasta de aterrorizar, a la población.

Las destrucciones fueron también, en gran medida, la consecuencia de los objetivos de ocupación de los países conquistados por el Ejército alemán. La administración nazi, con la participación de los colaboracionistas locales, aplicó tributos a gran escala sobre las economías y los territorios de los países ocupados, utilizados para alimentar el esfuerzo de guerra, la población y la economía en Alemania.

Édouard Husson escribió que se trató de una economía de depredación. Francia y los países de Europa Central fueron, en conjunto, los más gravemente afectados. La suma de las instalaciones industriales desmontadas y trasladadas de Francia a Alemania fue evaluada en tres mil millones de euros.

Entre 1939 y 1945, la producción industrial cayó un 50 % en el territorio europeo. La producción agrícola también se derrumbó: un tercio en Europa Occidental y más de la mitad en Europa Central y Oriental.

Durante los ataques, realizados primero por Alemania en su conquista de Europa y luego por los Aliados para liberar al continente de esa ocupación, se apuntó contra determinado tipo de blanco. Atacaron en forma prioritaria las infraestructuras industriales y de transporte del adversario sobre toda la extensión de su territorio. El objetivo era desorganizar, incluso destruir, los bienes y las bases de retaguardia indispensables para que el enemigo prosiguiera la guerra. Se utilizaron particularmente los bombardeos aéreos: más de 2 millones de toneladas de bombas fueron arrojadas sobre el continente

## PRIMERA PARTE: 1945-1957

europeo. Las más afectadas fueron las áreas urbanas y las infraestructuras de comunicación.

Las grandes ciudades eran las sedes de la producción económica y de las funciones de mando: fueron el blanco privilegiado de los bombardeos y las destrucciones. Berlín, Varsovia, Leningrado, Budapest, Dresde, Hamburgo, Colonia y centenares de otras ciudades fueron destruidas en más de un 80 %.

Como explica Jean Delmas, destruían las ciudades para aterrorizar a la retaguardia, destruir los emplazamientos industriales e inutilizar los medios de comunicación viales. Al finalizar la guerra, 6200 km de la red ferroviaria alemana, 5000 km de la red ferroviaria francesa, el 100 % de la red polaca, el 75 % de la griega y el 62 % de la italiana quedaron inutilizables. El material rodante también fue destruido. Lo mismo ocurrió con los puentes y los puertos.

Bernard Droz y Anthony Rowley escribieron, en un libro sobre la historia del siglo XX, que la guerra destruyó más los edificios y las vías de comunicación que las fábricas, a menudo enterradas o trasladadas; y que el balance de las destrucciones económicas materiales varió según los territorios, la localización y la naturaleza de la herramienta de producción. En cuanto al potencial industrial de Alemania, fue dañado en un 20 % del total; sin embargo, en el sector de la herramienta mecánica, las pérdidas fueron del 7 % a fines del año 1944; a partir del año 1946, el potencial de producción de ese sector volvió a ser como en 1939. Refiriéndose a los trabajos del historiador británico Alan Milward, esos autores señalan que, de hecho, el sector de la máquina herramienta en Alemania se fortaleció por la guerra, debido a las importantes inversiones realizadas en cuatro años en ese sector. Lo que lo volvió inutilizable fue la desorganización y destrucción de las redes de comunicación, en particular las de transporte. Por otra parte, Alan Milward hizo comentarios idénticos sobre el sector de la máquina herramienta en el Reino Unido.

En el registro de las destrucciones materiales tomadas en conjunto, Polonia y Yugoslavia pagaron el tributo más alto a la guerra y la ocupación de la Alemania hitleriana: el 33 % de su stock de capital quedó destruido al final de 1945. Luego vienen la URSS con el 25 %, Alemania con el 13 % (solo en las zonas ocupadas por los occidentales), Francia e Italia con un 8 % cada una y finalmente Gran Bretaña con el 3 %.

El 8 de mayo de 1945, sigamos con la mirada de Konrad Adenauer, que tenía entonces 69 años, el camino que separa al pequeño pueblo de Rhöndorf de Colonia, su ciudad natal, adonde no había regresado desde 1936. Esa gran ciudad renana había sido blanco de los bombardeos aliados, como el del 13 de mayo de 1940. El más devastador fue el del 2 de marzo de 1945. Al terminar la guerra, la ciudad quedó destruida en un 90 %, y la ciudad nueva, en un 70 %. El campanario de la catedral resistió, pero se destruyeron muchas iglesias con diez siglos de historia. La cantidad de habitantes pasó de 800.000 a 40.000.

Konrad Adenauer (1876-1967) había sido el alcalde democristiano de Colonia bajo la República de Weimar. El 8 de mayo de 1945, fue designado alcalde de Colonia por las autoridades estadounidenses. Adenauer escribió en sus *Memorias*:

El aspecto de lo que había sido Colonia era terrible, y monstruosa la magnitud de los daños sufridos por los ataques aéreos y las demás acciones bélicas. Con las iglesias destruidas, muchas de las cuales habían resistido al tiempo desde casi un milenio atrás, con su catedral herida, con los restos de sus puentes otrora tan hermosos, que brotaban del Rin como osamentas, la ciudad parecía un fantasma. Sus habitantes se apiñaban miserablemente en los sótanos de los edificios bombardeados, cocinaban en hornos primitivos de ladrillos, que habían construido ellos mismos, e iban a buscar agua con baldes y recipientes de hojalata a los pocos surtidores que todavía funcionaban.

## **Desastre ideológico y moral, poblaciones diezmadas**

El fin de las hostilidades dejó al descubierto un verdadero desastre humano. El número de víctimas era de tres a seis veces más alto que en 1918. Según las estimaciones, alrededor de 55 millones de personas murieron en ese conflicto: esta cifra incluye las pérdidas militares, las víctimas civiles de los bombardeos y las víctimas de las persecuciones nazis.

La Unión Soviética fue el país con mayores pérdidas: la cantidad de víctimas militares fue de 8,6 millones y la de víctimas civiles, de 16 millones. Es decir, casi 25 millones de víctimas: el 14 % de la población soviética de 1939. Alemania fue el segundo país más afectado: 4 millones de soldados murieron en el campo de batalla y 2 millones de civiles perecieron en los bombardeos. Murió entonces el 8 % de la población alemana de 1939. Esta proporción fue del 10 % en Yugoslavia y del 7 % en Grecia. Las víctimas francesas, italianas y británicas representaron entre el 1 y el 1,5 % de la población de esos tres países.

Los judíos de los diferentes países de Europa fueron víctimas de una empresa ideológica e industrial de exterminio llevada a cabo por la Alemania nazi. La cantidad de víctimas judías se eleva a por lo menos 5,6 millones. En los países bálticos (Estonia, Letonia, Lituania), en Polonia y en Ucrania, fueron asesinadas entre el 90 y el 100 % de las comunidades judías. Para la ideología nazi, los judíos, en toda su diversidad histórica, geográfica y cultural, encarnaban y accionaban el presunto complot corruptor de las cohesiones nacionales y sociales. El conjunto de los individuos de un grupo de seres humanos instalado en los cuatro puntos cardinales del continente europeo, el pueblo judío, se convirtió en el objeto de una política de Estado de cosificación y de reducción a una esencia fantasmática. Bajo el nombre de

“solución final de la cuestión judía”, la Alemania nazi se propuso liberar su territorio y todos los que conquistara de la “raza judía”, agente de disolución de la “raza aria”, la “raza superior” (*sic*) cuyo producto más puro sería el pueblo alemán. El exterminio de los judíos de Europa fue uno de los principales objetivos de guerra del régimen nazi (Raul Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos*). En su realización, esta empresa de exterminio movilizó a las diversas tradiciones antisemitas locales, con la colaboración de las administraciones, los agentes económicos y las milicias de los territorios ocupados, como las de los Estados aliados de la Alemania nazi.

Los grupos de operaciones (*Einsatzgruppen*) masacraron y arrojaron de a grupos enteros a fosas comunes en bosques y campos a alrededor de 1,4 millones de judíos, a medida que los ejércitos alemanes avanzaban por el territorio de las repúblicas soviéticas. Una red de campos de la muerte —catorce campos de concentración, seis campos de exterminio (instalados en Polonia), ghettos urbanos— pobló el territorio europeo. Fue un importante apoyo para la economía de depredación.

Un millón de seres humanos llevados en trenes de animales desde los cuatro rincones de Europa fueron asesinados solo en el campo de Auschwitz-Birkenau. Al llegar, los desnudaban, los despojaban de sus pocos efectos personales y los asfixiaban de a pequeños grupos en cámaras de gas. Luego quemaban sus cuerpos en hornos crematorios. Todo eso funcionaba veinticuatro horas sobre veinticuatro, siguiendo una lógica y una organización industriales, lo que solo una de las economías más desarrolladas del mundo podía planear y ejecutar. Una parte ínfima de las personas encerradas en los campos de concentración fue reducida a la esclavitud para hacer funcionar esa industria mortal e inhumana. Solo una minúscula fracción de ella sobrevivió al agotamiento, al frío, a la desnutrición, a los malos tratos y a la deshumanización.

Los gitanos fueron objeto de una empresa de aniquilamiento. Fue menos sistemática. Los gitanos encarnaban la asocialidad que el poder nazi pretendía señalar y corregir. Annette Wieviorka y Henriette Asséo analizaron el exterminio de los judíos de Europa y la masacre de los 200.000 gitanos que murieron en los campos de exterminio nazis.

Esta empresa genocida constituye la singularidad absoluta del nazismo como ideología, como régimen y como conjunto de políticas públicas. También le otorga su carácter único a la Segunda Guerra Mundial. Para calificarla jurídica e intelectualmente, el tribunal de Núremberg, creado por los Aliados después de la victoria para juzgar a los criminales de guerra alemanes, definió una nueva categoría: el crimen de lesa humanidad. En Europa, esa empresa de negación de la humanidad de las sociedades humanas, perpetrada en el territorio europeo por europeos, se encuentra en el origen de un trauma y una revolución intelectual en la representación que los europeos se hacen de sí mismos.

La empresa metódicamente organizada por los nazis para el exterminio de los judíos es el punto extremo de la empresa de destrucción o de negación de la dimensión cultural de la vida en sociedad y de la Ilustración. Esa empresa por medio de la cual los pueblos europeos volvieron radicalmente contra ellos mismos el progreso y el refinamiento pacientemente tejidos durante siglos se puso en marcha en 1914 y se desarrolló durante treinta años hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. A menos que se deba considerar que esos treinta años fueron una exacerbación y la culminación de una tradición de barbarie que permaneció viva a pesar del progreso y de la Ilustración. De hecho, historiadores tan diferentes como Ernst Nolte y Enzo Traverso caracterizan a este período como una guerra civil europea.

En su libro sobre este tema (*A sangre y fuego: de la guerra civil europea, 1914-1945*), Enzo Traverso escribió "Auschwitz es una ruptura de

civilización”. Se plantea entonces una pregunta que a los historiadores les cuesta responder. ¿La integración europea es hija de esas destrucciones y de ese desastre moral, de esa ruptura? ¿Qué relación de filiación tiene la construcción europea con esa catástrofe europea?

La pregunta que pueden responder los historiadores es: ¿por qué la construcción europea se inicia a partir de 1950? ¿Qué hace que se impongan la construcción y la unidad europeas? La idea de una unidad europea no es nueva. Se encuentra ya en algunos intelectuales y políticos del período de entreguerras. Antes de la Primera Guerra Mundial, se la encuentra incluso en algunos pensadores del Siglo de las Luces. Pero hasta la época posterior a la Segunda Guerra Mundial nunca se había realizado. Por lo tanto, para contar la historia de la integración europea, no nos podemos limitar a invocar el ideal europeo de Estados Unidos y pueblos motivados por un anhelo de paz. Es indispensable analizar las condiciones que concretaron la idea de la unión de los europeos.

Todos conocemos la famosa frase de Paul Valéry (1871- 1945), escritor francés del período de entreguerras: las civilizaciones son mortales. La frase exacta es la siguiente: “Nosotras, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales”. Si es cierto, es indudable que Europa y los europeos han mirado a la muerte a los ojos entre 1914 y 1945.

En la frase exacta, la presencia del adverbio fija la conciencia de la muerte en el diagnóstico de una experiencia: en este caso, la de la Primera Guerra Mundial. En la experiencia de la catástrofe, los europeos, habitantes de la cuna de la democracia, de la ciencia y del progreso —como ellos se consideraban a sí mismos—, pueden comprobar que ese progreso no tiene nada de lineal. Esas palabras pertenecen a la primera carta de *Política del espíritu* (1919). En la segunda carta, Paul Valéry se pregunta esto: “¿Se convertirá Europa en lo que es en realidad, es decir, un pequeño cabo del continente asiático?”.



## PRIMERA PARTE: 1945-1957

La Primera Guerra Mundial, en cuya experiencia se basaron las palabras de Paul Valéry, fue una ruptura con “una conciencia adquirida por siglos de desgracia soportable”. La Segunda lo fue aún más. Leamos las reflexiones de la filósofa Hannah Arendt (*Los orígenes del totalitarismo*) poco después del final de la Segunda Guerra Mundial. Hannah Arendt (1906-1975) había emigrado de Alemania a Francia poco después de la llegada al poder de Hitler en 1933. Fue encerrada en el campo de Gurs por el gobierno francés de Vichy, pero finalmente pudo viajar a los Estados Unidos. En el número de 1950 de la revista estadounidense *Commentary*, escribió las siguientes palabras, que fueron reeditadas en Alemania en 2005 con el título *Besuch in Deutschland* (Visita a Alemania):

En menos de seis años, Alemania destruyó las estructuras morales del mundo occidental y lo hizo a través de crímenes que nadie habría creído posibles: los vencedores, por su parte, redujeron a cenizas lugares fundamentales de la historia alemana, de varios miles de años de antigüedad. Entonces llegaron al país arrasado millones de personas desde los territorios del Este, de los Balcanes y de Europa Oriental. Esa marea humana le agregó al cuadro catastrófico habitual rasgos específicamente modernos, como la pérdida de la patria, el desarraigo social y la ausencia de derechos políticos. [...] El espectáculo que ofrecen las ciudades destruidas en Alemania y el descubrimiento de la existencia de los campos de concentración y de exterminio han proyectado una sombra inmensa sobre una Europa enlutada. Esos dos traumas explican por qué los recuerdos de la última guerra, particularmente dolorosos, están profundamente anclados en nuestra memoria y por qué está tomando forma el temor a futuras guerras.

## **Poblaciones desplazadas y territorios rediseñados**

En mayo de 1945, había alrededor de 50 millones de personas en los caminos, en los campos de tránsito o en nuevos campos de prisioneros. Una décima parte de los habitantes del continente europeo se encontraba a centenares y a miles de kilómetros de sus hogares.

Los desplazados por los trabajos forzados organizados por el Reich eran 8,7 millones de individuos. Entre ellos había 3 millones de soviéticos, 700.000 franceses, 1,4 millones de polacos, 500.000 belgas, 400.000 holandeses, 365.000 checoslovacos y 350.000 italianos. Cuando se firmó la rendición de Alemania, las fuerzas aliadas detuvieron a 3 millones de soldados alemanes. Por otra parte, se calcula en más de 19 millones la cantidad de personas desplazadas de su propio país: habían huido de los combates o de las hambrunas, o habían sido desplazadas por la fuerza.

El final de los combates no marcó, empero, el final de los desplazamientos de poblaciones. Muy por el contrario: entre 1945 y 1947, decenas de millones de hombres, mujeres y niños fueron expulsadas de sus países en el marco de una de las más vastas empresas de limpieza étnica de los hogares y los actores múltiples que el mundo haya visto jamás. El rediseño de las fronteras por las conferencias en la cumbre entre los dirigentes de las fuerzas aliadas y la llegada del Ejército Rojo provocaron intensos flujos migratorios. Incluso antes de la aplicación de las decisiones tomadas en la conferencia de Potsdam (17 de julio-2 de agosto de 1945), 5 millones de alemanes habían huido de Polonia, y especialmente de Silesia, nuevamente polaca, hacia Alemania.

Las fronteras de Polonia fueron considerablemente desplazadas hacia el oeste, por el avance occidental de la frontera de la Unión Soviética. A partir de 1945, varios millones de personas de origen alemán o de lengua alemana migraron hacia la Alemania ocupada por los

## PRIMERA PARTE: 1945-1957

Aliados: 500.000 desde Prusia Oriental, 300.000 desde Checoslovaquia y varios centenares de miles desde los Balcanes. Huyeron por la llegada de las tropas soviéticas, o por la ira, e incluso por el odio, de las poblaciones que habían padecido la ocupación alemana.

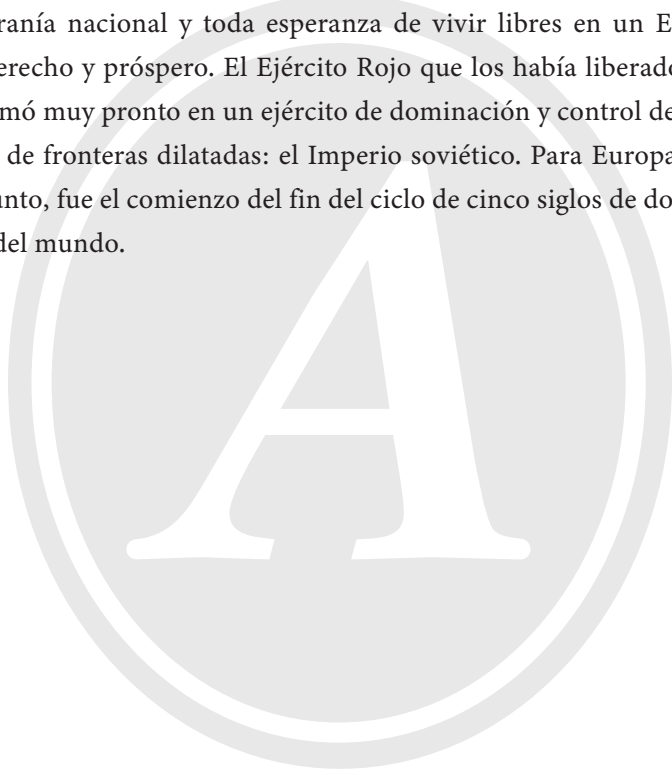
Ese movimiento continuó durante varios años: entre 1945 y 1950, unos 15 millones de habitantes de idioma u origen alemán fueron trasladados o desplazados. Los Aliados trataron de encuadrar y regular esos movimientos mediante el artículo 13 del protocolo de la conferencia de Potsdam, que establecía lo siguiente:

Los tres gobiernos, después de haber examinado la cuestión bajo todos sus aspectos, reconocen que habrá que proceder al traslado a Alemania de las poblaciones alemanas que quedan en Polonia, Checoslovaquia y Hungría. Están de acuerdo para que esos traslados se efectúen de manera ordenada y humana. [...] El gobierno checoslovaco, el gobierno provisional polaco y el Consejo de Control de Hungría son informados al mismo tiempo de lo que precede y se los invita a posponer las expulsiones mientras los gobiernos interesados analizan las relaciones de sus representantes con el comité de control.

En 1945, el desarrollo y la proyección de Europa disminuyeron considerablemente. El territorio que había sido la cuna de la economía capitalista y, desde el siglo XVII, el epicentro del crecimiento económico, de la economía financiera y del desarrollo material era un campo de ruinas. En un mismo movimiento, los europeos le habían impuesto al mundo dominaciones imperiales y humillantes. A partir de 1935, uno de los Estados nación de Europa, Alemania, que se volvió mortífera, imperialista y racista, trató de conquistar y sojuzgar a los europeos. Lo hizo en nombre de una ideología antidemocrática, antiliberal y anticultural. Con la notable excepción de los británicos,

los europeos no pudieron derrotar a esa empresa. Solo pudieron restaurar el Estado de derecho y las condiciones de la prosperidad con la intervención militar de los Estados Unidos de América.

Sin embargo, inmediatamente después, los europeos de Europa Central y Oriental, liberados del nazismo y del fascismo gracias a la alianza inédita de los Estados Unidos y la URSS, volvieron a perder su soberanía nacional y toda esperanza de vivir libres en un Estado de derecho y próspero. El Ejército Rojo que los había liberado se transformó muy pronto en un ejército de dominación y control de un imperio de fronteras dilatadas: el Imperio soviético. Para Europa en su conjunto, fue el comienzo del fin del ciclo de cinco siglos de dominación del mundo.



## EUROPA EN LA CUNA DE LA GUERRA FRÍA. LOS PROYECTOS ESTADOUNIDENSE-SOVIÉTICOS PARA EL CONTINENTE: LAS CONFERENCIAS DE 1941 A 1947

---

La guerra, la salida de la guerra y la posguerra fueron la génesis de la construcción europea. Transformaron la condición de los europeos y la forma en que ellos se representaban a sí mismos en el mundo. Redujeron considerablemente la soberanía y la autonomía de los europeos en su conjunto. En 1941, la dominación de Alemania parecía inexorable. En 1945, el destino de los europeos dependía de la URSS y de los Estados Unidos.

### **Tres jefes de grandes países en guerra, un solo europeo**

A partir de 1941, los dirigentes británicos y estadounidenses se proyectaron en la perspectiva de una posguerra, es decir, en una Europa y en un mundo donde la Alemania nazi habría sido vencida.

El enfoque de Winston Churchill, el primer ministro británico, era muy clásico: él pensaba las relaciones internacionales como un concierto de naciones que determinaban entre ellas zonas de influencia

basadas en el realismo y la relación de fuerzas. El enfoque de Franklin D. Roosevelt (1882-1945), presidente de los Estados Unidos, se inscribía en la herencia de su predecesor demócrata Thomas W. Wilson. Era anticolonialista, multilateralista, defensor del derecho de los pueblos y de las libertades individuales políticas y económicas (esta clase de concepción diplomática es caracterizada a veces como una diplomacia “idealista”). Sin embargo, la piedra angular de su política era la defensa de los intereses vitales del pueblo estadounidense. Solo a partir de diciembre de 1941, después del ataque de Japón a Pearl Harbor, pudo apoyarse Roosevelt en el Congreso y en la opinión pública norteamericana para oponerse a las potencias del Eje.

A partir de junio de 1941, Stalin, el dirigente soviético, se unió a Churchill y Roosevelt. El enfoque de Stalin (1879-1953) se basaba en la convicción de que la división ideológica entre el comunismo y el capitalismo era irreductible. El principal objetivo de los dirigentes soviéticos era proteger el territorio de la URSS, patria de la revolución socialista. Luego, cada vez que fuera posible, ganar nuevos territorios para la revolución. Los dirigentes comunistas no les tenían confianza a los dirigentes de los países con economías capitalistas. Consideraban que los regímenes parlamentarios y los fascistas eran dos caras y dos modalidades de una misma dominación imperialista de la burguesía. No era posible ninguna solidaridad ni convivencia. Solo había una relación de fuerzas.

Cuando en el otoño de 1941 Stalin se reunió con Anthony Eden, el ministro británico de Relaciones Exteriores, este se sorprendió mucho porque, ante su propuesta de una ayuda financiera y material para enfrentar la invasión de las tropas alemanas a la URSS, Stalin hizo girar la conversación hacia el tema del arreglo posterior de la paz y de las fronteras: “La agresión nazi obligó a Stalin a cambiar de interlocutor. Pero no lo hizo cambiar de objetivos”. Esos objetivos

ya estaban presentes en el pacto germano-soviético del 23 de agosto de 1939. Este incluía un protocolo secreto que se volvió tristemente célebre: Alemania y la Unión Soviética se pusieron de acuerdo sobre los territorios que podrían invadir y anexar. Los tres Estados bálticos y Finlandia podrían ser para la URSS, y las dos potencias acordaron repartirse simple y llanamente Polonia. La URSS invadió la mitad oriental de Polonia en septiembre de 1939. Luego, los Estados bálticos, a los que anexó en 1940. Para sorpresa de los dirigentes del Kremlin, Finlandia resistió la invasión soviética, que fue interrumpida por el ataque de la *Wehrmacht* (las fuerzas armadas de la Alemania nazi) a la URSS.

Para Stalin, la alianza con los Estados Unidos y el Reino Unido fue circunstancial, estaba dictada por una valoración de las relaciones de fuerza y de su principal objetivo: rechazar la invasión hitleriana y vencer a Alemania para reconstruir el territorio soviético que estaba siendo conquistado y desmembrado por aquella.

## **Los resultados europeos de las negociaciones entre aliados**

Churchill comprendía tanto la psicología como la visión geopolítica de Stalin y de los dirigentes soviéticos. Esta última se parecía a la suya en la convicción de que las relaciones internacionales se basan en el interés de los Estados y las relaciones de fuerza (este tipo de concepción diplomática se denomina a veces “realista”). Churchill compartía con Stalin un lenguaje común: el del imperialismo y las zonas de influencia. Lo entendía sobre todo porque, entre 1917 y 1921, había sido uno de los líderes británicos de la guerra contra Alemania, hasta noviembre de 1918, y luego contra la muy joven

República Soviética de Rusia de 1918 a 1921. Y porque, durante toda su larga carrera política, Churchill fue siempre un partidario ferviente y activo del Imperio británico.

Esa es la base cultural y psicológica que explica la famosa conferencia de Moscú del 9 de octubre de 1944 entre los dos hombres. Churchill dibujó sobre un trozo de papel un croquis de los Balcanes y lo empujó hacia el otro lado de la mesa, donde estaba Stalin. Sobre ese croquis, ambos líderes escribieron porcentajes correspondientes al reparto de las zonas de influencia entre la Unión Soviética, por un lado, y los angloamericanos, por el otro. Para el Reino Unido, una influencia privilegiada en Grecia; para la URSS, una influencia privilegiada en Rumania y Bulgaria. En cuanto a Hungría y Yugoslavia, sería una influencia compartida.

Los estadounidenses no firmaron ese acuerdo y Churchill no pudo involucrar a Roosevelt en esa clase de arreglo del conflicto para la posguerra. Aunque era un político realista, Churchill sobrestimó su crédito personal —de hombre a hombre— ante Stalin. Nunca renunció del todo a la ilusión de que una buena conversación entre jefes, mirándose a los ojos, con un buen cigarro y un excelente whisky, podía llevar a Stalin a abandonar la interpretación de la realidad que le daban el *politburó* y sus colaboradores. Cuando alguna vez Churchill y Roosevelt abrigaron esa idea, se equivocaron. La desconfianza de los dirigentes soviéticos hacia sus aliados y su convicción de que un conflicto estructural y sin piedad regía las relaciones entre la URSS y los Estados capitalistas eran ampliamente compartidas y alimentadas por Stalin en todas las circunstancias.

El hecho es que, en 1941, a pesar de las distancias, las complicaciones logísticas y los riesgos, los dirigentes aliados se reunieron en varias cumbres. Esas conferencias, la última de las cuales se realizó en marzo de 1947 en Moscú, tenían como objetivo decidir el destino



de Alemania, el monto de las reparaciones y la organización de la vida política e internacional de los diferentes Estados liberados o vencidos y sus fronteras. Se referían particularmente a los países del continente europeo.

En lo concerniente a las fronteras, el resultado de las sucesivas conferencias definió sobre todo las de Polonia y la Unión Soviética. Como un eco del pacto germano-soviético de 1939, en la conferencia de Yalta (4-11 de febrero de 1945) se convino en que el territorio soviético se ampliaría hacia el oeste sobre los Estados bálticos y la parte oriental de Polonia. Las fronteras polacas se desplazaron hacia el oeste, en detrimento de la parte oriental de Alemania. En cuanto al destino de la Alemania derrotada, este se determinó sobre todo en la conferencia de Potsdam (17 de julio-2 de agosto de 1945). Los tres grandes se pusieron de acuerdo sobre la desnazificación de las organizaciones políticas y sociales, de la administración y de los dirigentes de empresa, sobre la fragmentación en zonas ocupadas, sobre la tutela política, la democratización, el traslado de las poblaciones de idioma y origen alemán hacia Alemania y el monto de las reparaciones.

### **Interpretar la conferencia de Yalta y su importancia para Europa**

La conferencia de Yalta, a orillas del mar Negro, en Crimea, quedó en la memoria colectiva como la más decisiva, si no la única importante. En Europa, se convirtió rápidamente en un mito fundador: el del reparto de Europa entre las dos superpotencias. Lo que más se recuerda de la conferencia de Yalta es la famosa declaración sobre los países liberados. Según esta declaración, la democracia triunfaría en los diferentes países al finalizar la guerra. Más precisamente, la de-

claración establecía que cada país elegiría su gobierno con elecciones libres, y que esos principios y esas decisiones se efectivizarían bajo la responsabilidad de las autoridades militares y civiles instauradas por los Aliados en los territorios que cada uno había liberado.

No hay que ser un graduado en ciencias políticas para saber que la definición de *pueblo* y la práctica de la democracia diferían según se fuera marxista y soviético o humanista y liberal. Los negociadores estadounidenses y británicos no lo ignoraban. Tomaron en cuenta el hecho de que el Ejército Rojo había liberado del fascismo y de la ocupación nazi a determinada cantidad de territorios. ¿Cómo negar entonces que sería responsable por ellos? Decidieron no agregar más guerra a la guerra: la Unión Soviética era la aliada con la cual estaban venciendo a la Alemania nazi y poniendo fin a esa guerra interminable. ¿Cómo pensar seriamente en amenazar al Ejército Rojo con represalias? Consideraron también la opinión pública de sus países: la popularidad del Ejército Rojo, de la URSS y de sus dirigentes era muy grande en ese momento y la población soviética había pagado el precio más alto en esa guerra. ¿Cómo no otorgarles a los dirigentes comunistas el beneficio de la duda y un mínimo de crédito en la administración de los territorios liberados? ¿Cómo no comprender, por lo menos, su resentimiento? Y, además, ¿cómo reprocharles, retrospectivamente, a los dirigentes aliados el haber tenido un poco de optimismo? ¿No era posible acaso que esa guerra inédita obligara a barajar y dar de nuevo? ¿Que el esfuerzo de guerra, las pérdidas compartidas y luego la victoria total que se anunciaba, finalmente, sobre el nazismo permitieran establecer un poco de confianza y algunos objetivos comunes para la posguerra? Los dirigentes norteamericanos y británicos no fueron ni ingenuos ni cínicos.

Se podría decir que, en cierto modo, los estadounidenses andaban a tientas. Después de todo, al contrario de los dirigentes soviéticos, su

tradicón y su cultura políticas no los habían preparado para tomar decisiones sobre el destino de Europa o de Asia. Los miembros de la administración Roosevelt no compartían un punto de vista homogéneo de esos destinos, ni del futuro de Alemania en particular. Por eso, el reparto del mundo en Yalta es un mito. El verdadero reparto de Europa solo se hizo efectivo en 1947; por un lado, con la adopción del plan Marshall por parte de los países situados en el sector de Europa en el que se encontraban apostadas las tropas estadounidenses, y por el otro, con la creación del Kominform, que unió entre sí y con Moscú a los dirigentes de los países liberados por las resistencias comunistas y las tropas soviéticas.

En Yalta, no hubo un reparto, sino un corte y la formalización de una línea de frente en contacto con posiciones antagónicas resultantes de la alianza contra la Alemania nazi y el Japón imperial. En pocos meses, a la sombra del Ejército Rojo (con la excepción de Yugoslavia y Albania, donde los partidos comunistas se impusieron en forma independiente), el Kominform estableció regímenes dictatoriales de partidos únicos de tipo soviético: las democracias populares. A esta realidad se refirió Winston Churchill, lúcido y de regreso en la oposición, en su discurso de Fulton (Missouri, 5 de marzo de 1946), con una expresión que se hizo famosa: “De Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático, ha caído sobre el continente una Cortina de Hierro. [...] En casi todos los casos dominan gobiernos policiales y, hasta el presente, con excepción de Checoslovaquia, no hay verdadera democracia”.

Al este de esa línea territorial, los nuevos dirigentes siguieron la línea política del Kominform alentada por Moscú: ninguna democracia popular debía beneficiarse con el plan Marshall para la reconstrucción. Tanto sus economías como su estilo de vida debían ser resguardados del *american way of life* y del capitalismo.

Harry Truman (1884-1972), el sucesor de Roosevelt, reaccionó contra esta política soviética. El 12 de marzo de 1947, le pidió al

Congreso estadounidense créditos de asistencia militar para Turquía y Grecia. En esa oportunidad, definió la nueva doctrina de política exterior de los Estados Unidos como el “apoyo a la libertad de los pueblos agredidos por minorías armadas o presiones exteriores”. El objetivo de la doctrina Truman de contención (*containment*) era oponerse a toda ampliación de la esfera de influencia soviética más allá de los límites herederos de la guerra, en particular en Alemania. Sin embargo, el mito del reparto de Yalta desempeñó un papel estructural en la historia de los europeos durante toda la posguerra. ¿Cómo y por qué se construyó? Los primeros que lo formularon y acreditaron políticamente fueron los parlamentarios del partido republicano de los Estados Unidos y su candidato a la elección presidencial de 1948. Para poner en dificultades al presidente Truman y a los demócratas, sus adversarios políticos, los republicanos, calificaron a la política del presidente Roosevelt en Yalta de ingenua, débil, o ambas. Según ellos, la administración Roosevelt les habría concedido entonces a los soviéticos repartir el mundo y Europa en dos zonas de influencia. Los republicanos convirtieron esta interpretación en uno de los principales argumentos de sus campañas durante la guerra fría. Esto contribuyó poderosamente a la popularización de esa tesis en todo el mundo occidental. En Europa, formó parte de diversos registros políticos e ideológicos, como el antinorteamericanismo o la tercera vía de europeos autónomos de las dos superpotencias.

En Francia, fue Charles de Gaulle quien abonó el mito del reparto de Yalta. Mientras que el antinorteamericanismo y la crítica al atlantismo fueron, desde fines de los años cuarenta, algunas señales de identidad del gaullismo, el ícono y la encarnación de la Francia resistente, que había dejado la dirección del gobierno al final de 1946, criticó el “mercado de Yalta”. Para la posteridad, plasmó su interpretación en varias páginas de sus *Memorias de guerra*.

## La Europa de la Cortina de Hierro

### El punto de vista británico

La cuestión de su destino se les planteó a los europeos de un modo inédito. El alivio de la victoria sobre el nazismo les daba ánimo para trabajar y el deseo de un mundo mejor: se arremangaron para reconstruir. Pero la magnitud de su debilitamiento y de las destrucciones no tenía precedentes. Después de esa victoria, los europeos dependían de sus liberadores: habitaban en el territorio de un enfrentamiento sin igual entre dos superpotencias militares. En poco tiempo, los europeos de la parte oriental del continente fueron privados de su libertad. Una gran parte de los habitantes del sector occidental sintió que el Imperio soviético era una amenaza. ¿No buscaría la URSS extender su influencia más allá de la Cortina de Hierro, hasta el punto de invadirlos? ¿No correrían el riesgo de ser víctimas de un conflicto militar entre los dos “grandes”?

Es lo que expresan los dos célebres discursos de Churchill en 1946. En el de Fulton, en los Estados Unidos, pronunciado delante del presidente Truman, dijo: “Los estadounidenses, los británicos, los europeos debemos tener miedo. Somos una comunidad de valores y de intereses, debemos defendernos frente a un nuevo imperialismo que ataca las libertades”. En su discurso pronunciado en la Universidad de Zúrich el 19 de septiembre de 1946, Churchill exhortó a los europeos del oeste de la Cortina de Hierro a mantenerse juntos y vigilantes:

Debemos edificar una especie de Estados Unidos de Europa. [...] ¿Y por qué no habría un agrupamiento europeo que les diera a pueblos alejados unos de otros un sentido de patriotismo más amplio y una especie de nacionalidad común? [...] El primer paso hacia la crea-

ción de la familia europea debe consistir en hacer socios a Francia y Alemania. Solo ese medio puede permitirle a Francia retomar la conducción de Europa.

Clement Attlee, en ese momento primer ministro laborista, también pensaba que era muy importante prolongar la presencia militar de los Estados Unidos en Europa frente a la amenaza soviética. Los dirigentes británicos no temían tanto una invasión o un ataque militar (aunque...). Temían un control, una influencia. Churchill (y tras él muchos dirigentes británicos durante muchas décadas) diseñó una línea de conducta coherente: se trataba de que cada uno de los pueblos y de los Estados europeos, hasta entonces firmemente soberanos, se unieran para salvaguardar la libertad y la independencia de todos. Estas serían mejor garantizadas si los norteamericanos se ocupaban de ellas. Si los norteamericanos no lo hacían, los europeos debían estar listos para defenderse juntos, sostenía Churchill.

Como fino conocedor de la geopolítica europea, Churchill exhortó a los franceses a construir una paz duradera y equitativa con los alemanes.

Los estadounidenses respondieron muy bien a esta solicitud, sobre todo porque los europeos construyeron mecanismos de solidaridad y acallaron sus divisiones. El plan Marshall y, posteriormente, la alianza militar (la OTAN) se explican de este modo.

## **El año crucial: 1947 y el plan Marshall**

Los estadounidenses actuaban por motivaciones ideológicas y valores. Habían derrotado a la Alemania nazi en nombre de la democracia, de las libertades y del mercado: habría sido incoherente no

tratar de consolidar los logros de casi cuatro años de guerra a miles de kilómetros de su país. Los decisores estadounidenses también tenían un objetivo de largo plazo. Su ejército había desembarcado en Europa por primera vez en 1918 para poner fin a una guerra entre europeos. Y por segunda vez, menos de una generación más tarde. Esta vez era conveniente triunfar en la posguerra para no enfrentarse por tercera vez en cincuenta años a una nueva guerra en el continente europeo.

El año 1947 fue al mismo tiempo crucial y trágico. El general Marshall, secretario de Estado (ministro de Relaciones Exteriores) de la administración Truman, regresó muy preocupado de la conferencia de los ministros de Relaciones Exteriores que se había realizado en Moscú. La política soviética no era el único motivo de su inquietud. Estar un mes en Europa había modificado profundamente su punto de vista sobre el estado de los europeos y la política que debían llevar adelante los norteamericanos. Veía con lucidez que, dieciocho meses después de la victoria sobre Alemania, las economías de los países liberados estaban nuevamente en crisis: tras un breve rebote, no se recuperaron. Sin embargo, los Estados Unidos les habían otorgado préstamos masivamente. La amplia ayuda concedida para los refugiados en el marco de la ONU tampoco había sido suficiente.

¿Qué legitimidad podían reclamar entonces los gobiernos elegidos, en el corto plazo, si no podían construir con sus poblaciones un nuevo compromiso social que integrara económica y culturalmente a la inmensa mayoría de los habitantes? ¿No se había favorecido en gran parte la marcha a la guerra, entre los años 1920 y 1930, por la crisis de la integración económica, social y política? En Europa, a diferencia de lo que había pasado en los Estados Unidos, la democracia parlamentaria nacida en el siglo XIX no se adaptó al punto de inflexión que representó la era de las masas.

La popularidad y el éxito del fascismo prosperaron sobre ese fracaso. La prolongación de las privaciones, del racionamiento y de la pobreza económica, que perduraba desde 1940 (e incluso, para las víctimas de la crisis económica, desde principios de los años treinta), ¿no habría ayudado a aumentar la atracción y la popularidad del comunismo, ya enaltecido por la victoria del Ejército Rojo y el compromiso de los partisanos en los movimientos de resistencia locales?

Es cierto que las destrucciones fueron desiguales según los territorios. Pero ¿de qué sirve un aparato de producción en estado de funcionamiento, sin infraestructuras de comunicación para suministrarle materias primas? ¿Sin circuitos de financiamiento de inversiones para desarrollarlo? ¿Sin un mercado de consumidores? Los países europeos estaban desesperadamente faltos de liquidez. Las reservas de los bancos centrales habían desaparecido: ¿cómo exportar la producción si los potenciales compradores no tenían moneda de cambio? ¿Y cómo importar si no se exportaba? El dólar había desempeñado durante un corto tiempo el papel de moneda internacional, pero empezó a faltar (*dollar gap*).

George Marshall diagnosticó que, para preservar sus objetivos bélicos, los Estados Unidos debían crear para esa segunda posguerra una política europea radicalmente diferente a la que habían seguido durante la primera posguerra. La administración Truman decidió sustituir los préstamos reembolsables por subvenciones y donaciones de bienes, servicios y productos: ese fue el núcleo del plan Marshall presentado el 5 de junio de 1947. El plan Marshall debía permitirles a los europeos fabricar para vender, y vender para comprar. En forma prioritaria, entre ellos. De tal modo, esa política contribuiría también a preservar, y profundizar, el mercado europeo para los bienes y servicios producidos por la economía estadounidense, que esta necesitaba para reciclar su economía de guerra.



## PRIMERA PARTE: 1945-1957

Eso no era todo: la administración Truman aún era la misma que había creado y puesto en marcha el New Deal de los mandatos de Roosevelt. Aplicó una lógica keynesiana, no solamente en la política económica, sino también en la regulación económica de la guerra. Esta vez, contrariamente a la primera posguerra, escucharon a Keynes. En 1945, este había realizado un análisis sin concesiones: a su juicio, los préstamos otorgados por los Estados Unidos a los británicos llevarían a estos a la catástrofe. Ahora, Norteamérica era una potencia, no solo en una posición de fuerza, sino también adornada por el prestigio del desembarco y de una victoria, lo que hacía aún más atractivo su estilo de vida. Sus dirigentes deseaban poner fin a esas luchas internas entre europeos que la habían desviado de su rumbo aislacionista. Por eso decidieron ponerle a esa ayuda ciertas condiciones que consideraron eficaces y pragmáticas.

Primera idea: no privar al esfuerzo de recuperación europeo del potencial alemán. Esto era muy importante, sobre todo porque las negociaciones de Moscú habían convencido a los estadounidenses de que los soviéticos tenían una posición dura sobre Alemania. Su objetivo podía ser extender su influencia a todo el territorio alemán o, por lo menos, neutralizarlo y explotarlo. Y, sin duda, consolidar su ocupación de la zona oriental, en detrimento de un estatus creado y aplicado por cuatro países (los tres vencedores y Francia, para la cual Churchill había obtenido una pequeña zona de ocupación tomada de la zona británica). El bloqueo terrestre de Berlín por parte del Ejército Rojo, de 1948 a 1949, la primera crisis “caliente” de la guerra fría, puso a prueba la determinación y la capacidad de los norteamericanos para oponerse, o no, a esos objetivos. Estos últimos respondieron con un puente aéreo diario: se mantuvo a Berlín Oeste dentro de la Europa liberal y se lo convirtió en su vidriera y su puerta de entrada al corazón de la Alemania soviética.

Beneficiarse con el plan Marshall implicaba aceptar una segunda condición: establecer en común, junto con los demás países beneficiarios, la lista de sus recursos, sus stocks y sus activos, y luego, las orientaciones, incluso los planes, de la puesta en marcha de la recuperación económica. ¡Si no había una coordinación europea, no habría ayuda Marshall de los Estados Unidos!

Los gobiernos de los países de Europa situados al oeste, al norte y al sur de la Cortina de Hierro aceptaron el plan Marshall sin vacilar. Al este de la Cortina de Hierro, la URSS lo rechazó. Su rechazo fue imitado por cada una de las democracias populares. En Checoslovaquia, donde el proceso de soviétización del poder no se había cumplido del todo, el gobierno quiso aceptar, pero tuvo que renunciar bajo la presión de la URSS. Pocos meses después, los soviéticos alentaron el golpe del partido comunista local para completar el establecimiento de dictaduras comunistas en todos los países que habían liberado de los yugos nazi y fascista. Se llamó el “golpe de Praga” y tuvo lugar en febrero de 1948. Ningún rayo de luz se filtró ya a través de la Cortina de Hierro: la noche estalinista congeló a Europa Oriental.

La URSS organizó económicamente a los países de Europa Oriental con el plan Molotov. Este se basaba en una gran cantidad de tratados de comercio y de la distribución de las producciones entre los países del bloque soviético. Se formalizó en enero de 1949 con la creación del Consejo de Ayuda Económica Mutua, el CAME. En cada uno de los países involucrados, se priorizó la industria pesada y la colectivización de la tierra y la producción agrícola. Se proclamó una burda especialización entre los países, en nombre de la construcción del socialismo. A la privación de las libertades y a la opresión policial, el modo de producción socialista y el CAME les añadieron la privación del bienestar y de los bienes de consumo. El CAME tuvo otra función: a imagen de la URSS, organizó el bloque soviético según una lógica imperial centro-periferia.

El territorio europeo estaba dividido en dos. Una parte de los europeos, aislada y temerosa, compartía la experiencia del totalitarismo estaliniano. La otra parte estaba en situación de experimentar la libertad, de reflexionar en forma colectiva sobre su experiencia histórica y geopolítica inédita, y su proyección al futuro.

## **Una construcción europea de varias vías**

### **Una primera Europa, la de la reconstrucción económica: la OEEC**

Los países interesados por el plan Marshall se reunieron en una conferencia sobre la cooperación económica europea, en París, de julio a septiembre de 1947. Allí sesionaron dieciséis países: Austria, Bélgica, Dinamarca, Francia, Grecia, Irlanda, Islandia, Italia, Luxemburgo, Noruega, Países Bajos, Portugal, Reino Unido, Suecia, Suiza y Turquía. Establecieron el inventario de sus demandas y sus necesidades. Los Estados Unidos se comprometieron a proveer una ayuda de más de trece mil millones de dólares a entregar en cuatro años (menos de doscientos mil millones de dólares actuales), desde 1948 hasta el final de 1951. Mientras tanto, el 3 de abril de 1948, el presidente Truman promulgaba la ley de concreción del plan Marshall, oficialmente llamado European Recovery Program (programa para la reconstrucción europea). Pero los dirigentes estadounidenses querían que esa ayuda fuera, desde su punto de vista, eficaz y que, al finalizar el plan Marshall, los europeos hubieran reequilibrado su balanza de pagos con los Estados Unidos. Los representantes estadounidenses defendieron entonces con benevolencia, pero con firmeza, la integración económica entre los países de Europa, es decir, la creación de un

mercado que permitiera, como en los Estados Unidos, una economía de escala y una mejor especialización. En el mismo sentido, los dirigentes norteamericanos organizaron una transferencia de habilidades a los europeos en el terreno de la gestión.

El legislador estadounidense condicionó esa ayuda a una multilateralización de las políticas europeas de recuperación. Según Pierre Gerbet, se podían emplear tres métodos para avanzar en la vía de una integración económica de Europa Occidental: la adopción de un programa común, la constitución de una unión aduanera y la liberalización de los intercambios comerciales junto con la puesta en marcha de un sistema multilateral de pago.

Los británicos, los suizos y los países escandinavos se opusieron a un programa de reconstrucción común y a toda estructura supranacional. La Organización Europea de Cooperación Económica, la OEEC, constituida el 16 de abril de 1948 por los dieciséis países de la Conferencia de París, a los que luego se sumaron Alemania Occidental y España, fue una organización intergubernamental de cooperación. Las decisiones no eran vinculantes, pero estaban sometidas a la unanimidad. Sin embargo —ya—, se inventó la posibilidad de aplicar a determinadas decisiones una geometría variable. No es lo que querían algunos países, como Italia, Francia y Bélgica.

De todos modos, los miembros de la OEEC lograron ponerse de acuerdo sobre la distribución de la ayuda Marshall, pero elaborar un plan de acción de cuatro años, como querían los norteamericanos, estaba fuera de su alcance. No pudieron acordar sobre la coordinación de las políticas económicas. Cada gobierno tenía su propia concepción de la planificación nacional de la reconstrucción. “En general, la ayuda norteamericana, otorgada directamente a cada uno de los países, financió reconstrucciones nacionales sin coordinación entre ellas”, señaló el historiador de la reconstrucción europea Pierre Gerbet.

Sin embargo, hay dos observaciones para hacer: por un lado, la implementación del plan Marshall fue indiscutiblemente el instrumento de una europeización de las prácticas de organización y producción. Por otro lado, la OECE fue un gran progreso en relación con lo que existía antes de la Segunda Guerra Mundial en el concierto europeo de las naciones. No se convirtió en una zona de libre comercio. Pero, sobre todo por la disminución de las cuotas de las importaciones (código de liberación de los intercambios del 18 de agosto de 1950), el crecimiento del comercio entre sus países miembros fue ampliamente favorecido y, por lo tanto, también el crecimiento económico de cada uno de ellos. Era un órgano no vinculante de cooperación intergubernamental. Sin embargo, creó un mecanismo monetario de compensación multilateral entre los Estados: la Unión Europea de Pagos (UEP), que fue creada el 19 de septiembre de 1950. Concretamente, ningún pago a la importación se efectuaba en forma directa o bilateral de un país a otro.

La OECE terminó el 14 de diciembre de 1960 (fue reemplazada por la OCDE). Había organizado la distribución de la ayuda Marshall. Mostró así lo que podría haber sido una construcción europea del tipo idealismo a la norteamericana: una asociación basada en la liberalización del comercio, privilegiando el punto de vista de los actores económicos y su integración. El gobierno francés vio en ella la posibilidad de forjar una herramienta de conducción, orientación y reparto de la producción en los diferentes territorios europeos. Una especie de comisariado general de planificación a la escala de Europa. Pero los británicos no querían eso. Y los países miembros nunca se pusieron de acuerdo sobre una supresión de derechos aduaneros en el marco de la OECE.

La disminución de las cuotas de importación y la UEP contribuyeron, sin embargo, a facilitar los intercambios intraeuropeos. En 1958,

estos eran un 80 % superiores a lo que eran antes de la guerra. La OECE mostró así un cambio notable en la cultura política: los europeos tomaron la costumbre del trabajo en común y de intercambiar puntos de vista sobre sus políticas económicas y comerciales. En cierta medida, los europeos sustituyeron en sus relaciones comerciales el multilateralismo en el concierto de las naciones: después de haber sido durante mucho tiempo campeones del proteccionismo y de las preferencias imperiales coloniales, tomaron el camino de la globalización de los intercambios y la apertura al mundo.

### **Una segunda Europa, nacida del idealismo: del Congreso de La Haya al Consejo de Europa**

El Consejo de Europa parece hoy muy modesto comparado con la integración comunitaria y sus instituciones supranacionales. Sin embargo, es un edificio importante en la gran construcción de los derechos humanos y del Estado de derecho tan característico del desarrollo histórico de la cultura y de las realizaciones europeas. El objetivo del Consejo de Europa es “realizar una unión más estrecha entre sus miembros para salvaguardar y promover los ideales y los principios que constituyen su patrimonio común”. El Consejo se fija especialmente como objetivo “la salvaguarda y la mayor efectividad de los derechos humanos y las libertades fundamentales”. Estos se expresan en convenios de carácter vinculante una vez que son ratificados por los Estados miembros del Consejo.

El más conocido es el de mayor alcance: el Convenio Europeo para la Protección de los Derechos Humanos y de las Libertades Fundamentales, comúnmente llamado Convención Europea de Derechos Humanos. Fue firmado el 4 de noviembre de 1950, entró en

vigor el 3 de septiembre de 1953 y su aplicación está a cargo de un tribunal supranacional que puede condenar a los Estados: la Corte Europea de Derechos Humanos. Cronológica y formalmente, la creación del Consejo de Europa, en mayo de 1949, es posterior en un año a la OECE y en un mes al Pacto Atlántico. Pero, más que la OTAN y la OECE, muestra lo que era el idealismo europeo al término de la Segunda Guerra Mundial. Por sorprendente que parezca, tiene su origen en el discurso de Churchill del 19 de septiembre de 1946 en la Universidad de Zúrich.

En efecto, ese discurso dio lugar a un gran congreso de Europa, que se realizó en La Haya del 7 al 10 de mayo de 1948. Se reunieron allí 775 delegados provenientes de diecinueve países. Muchos habían tomado parte en las resistencias a la ocupación alemana, al nazismo y a los fascismos. Habían participado en la fundación de movimientos europeístas, que pensaban la superación de los Estados nación y su sublimación en una entidad europea unitaria. Allí encontraron (cuando no lo eran ellos mismos) a militantes del federalismo europeo del período de entreguerras, en esa época, muy marginal. Muchos de ellos eran figuras del mundo intelectual y universitario, e incluso de los ambientes económicos. En La Haya, alternaron esta vez con muchos líderes políticos y representantes de los grandes partidos políticos nacionales y de los gobiernos (doce ex primeros ministros, veinte ministros en ejercicio y un centenar de parlamentarios).

Churchill presidió las sesiones. Se presentaron sobre todo intenciones programáticas y algunas recomendaciones concretas, como la creación de una asamblea europea compuesta por delegados de los parlamentos nacionales, la redacción de una carta de derechos humanos y la creación de un alto tribunal para hacerlos respetar. Tras el congreso, una nueva organización asociativa y militante, el

Movimiento Europeo, fusionó y federó a una gran parte de los movimientos europeístas. Luego, siguió trabajando permanentemente en la construcción europea por diferentes canales, en diferentes medios profesionales y en el espacio público.

El resultado inmediato estuvo muy alejado de la federación europea o de los Estados Unidos de Europa, posnacionales, por los cuales militaban muchos delegados del Congreso de La Haya. El Consejo de Europa, formalizado con el Tratado de Londres del 5 de mayo de 1949, está formado por una asamblea parlamentaria europea, un Consejo de Ministros de los gobiernos nacionales y una Secretaría General. Su sede se instaló simbólicamente en Estrasburgo, en la frontera entre Alemania y Francia. Sus miembros fundadores, abiertos a todos los países del continente europeo, eran diez: los tres países del Benelux, Dinamarca, Francia, Irlanda, Italia, Noruega, Reino Unido y Suiza.

### **Una tercera Europa, nacida del realismo: la de las alianzas militares**

Durante ese tiempo, los gobiernos, a cargo de los intereses de sus respectivas naciones, gobernaban. Se preocupaban no solo por la reconstrucción de los territorios nacionales, sino también por su seguridad. El 4 de marzo de 1947, Francia y el Reino Unido firmaron en Dunkerque un tratado de asistencia mutua en caso de un ataque armado. Bélgica, Luxemburgo y los Países Bajos fueron invitados a sumarse a ellos en el marco de un tratado de alianza militar. El 17 de marzo de 1948, los cinco países firmaron el Tratado de Bruselas “de cooperación económica, social y cultural y defensa colectiva” y crearon la Unión Occidental (UO) por una duración de sesenta años. El tratado tenía una cláusula de asistencia militar automática en caso de agresión militar.



Aunque al principio estaba dirigida contra Alemania, pronto se pensó contra la amenaza soviética. Así, tras el golpe de Praga de febrero de 1948 y el bloqueo a Berlín iniciado el 23 de junio de 1948, Francia y el Reino Unido se dirigieron a los Estados Unidos para que se incorporaran a la UO en una alianza militar.

Los Estados Unidos respondieron con la formación de una alianza más amplia: el pacto atlántico. El 4 de abril de 1949, se firmó en Washington el Tratado del Atlántico Norte entre el Benelux, Canadá, Dinamarca, los Estados Unidos, Francia, Islandia, Italia, Noruega, Portugal y el Reino Unido. El 6 de octubre, el presidente Truman firmó la ley de ayuda militar para la defensa mutua. Los Estados Unidos no impusieron el Tratado del Atlántico Norte. Los franceses y los británicos fueron sus actores y solicitantes. El recurso a la fuerza armada en caso de agresión a uno de los miembros no era totalmente automático (art. 5). El Senado estadounidense se reservaba el derecho de declarar la guerra. Ninguno de los socios franceses veía entonces el interés de constituir allí un pilar europeo. Ni siquiera los militares franceses veían la necesidad de hacerlo. La Europa de la defensa en marcha estaba concebida desde el principio con los Estados Unidos.

El período de 1945 a 1950 ofreció, por lo tanto, muchas opciones en lo concerniente a la construcción europea. Esas distintas opciones correspondían sin duda alguna a diferencias de apreciación, quizá más ampliamente a la diversidad de apreciaciones, vinculadas a las situaciones y a las culturas nacionales.

Pero todas estaban motivadas por un sentimiento compartido. El temor. Ese temor tenía un lado que podía considerarse positivo o, en todo caso, dinamizante para los países: preservar su libertad, preservar su independencia, hacer todo, o en todo caso mucho, para mantener los valores que defendían. Después de los cinco años de conquista y dominación nazi, los dirigentes europeos en el poder

de las democracias liberales conocían el precio de estas. Sabían que no estaban adquiridas ni garantizadas. Las resistencias y los gobiernos provisionales en el exilio habían meditado mucho sobre los nuevos pactos sociales y políticos que se debían construir para sostener y preservar la democracia, el liberalismo y la economía de mercado. El abandono del concierto europeo tradicional de las naciones formó parte de las conclusiones de esas reflexiones. Debía ser reemplazado por una forma de asociaciones y vínculos, de mutualizaciones y deliberaciones.

En la posguerra inmediata, cuando el idealismo europeo tuvo en La Haya un entusiasta resurgimiento, los proyectos de los dirigentes del Benelux coincidían parcialmente con los proyectos de los dirigentes británicos, detrás de los cuales corrían los dirigentes franceses, mientras que a veces los belgas y los neerlandeses estaban en desacuerdo entre ellos. La inmensa novedad con respecto al período anterior, el de entreguerras, era esta: la unidad de Europa salió a la arena política y social. Ya no estaba confinada al círculo de la filosofía política o del idealismo militante de unos pocos. Ya no estaba, como para Aristide Briand (1862-1932, precursor de la unidad europea), en tensión con el espíritu del tiempo y las certezas diplomáticas heredadas de la Primera Guerra Mundial. Con la Segunda Guerra Mundial, se había convertido en un objeto concreto y tangible de preocupaciones y realizaciones políticas. Se había convertido en una obra en construcción. Con sus campos de fuerza, y sus debates entre arquitectos y contratistas.

Los Estados Unidos de América desempeñaron entonces un papel central. Más como reacción que como una fuerza de propuesta, pero con los medios necesarios para intervenir y hacer oír sus argumentos. Eran un actor del juego europeo, más poderoso que en el período de entreguerras, aunque sin llegar a ser un director de orquesta.

## PRIMERA PARTE: 1945-1957

Durante el período 1945-1950, se realizaron varias construcciones, inspiradas por diferentes filosofías. Se vio, en particular a través del posicionamiento y de la trayectoria de Churchill, que el objetivo primó sobre la herramienta. Si los Estados Unidos no se hubieran involucrado militarmente en Europa, la Unión Occidental del Tratado de Bruselas probablemente habría desempeñado un papel más importante. Para Churchill, Europa era necesaria frente a la amenaza. Se volvía facultativa cuando los Estados Unidos organizaban su defensa. Para Adenauer, la construcción de una entidad europea, cualquiera fuera su forma, debía ser la barrera de Alemania contra ella misma. Para los dirigentes franceses, el fortalecimiento de los vínculos entre países europeos se convirtió en la modalidad más realista para devolverle a Francia el crédito y las garantías arruinadas por su derrumbe durante la Segunda Guerra Mundial. Francia no estaba en condiciones, como en 1919, de imponer sus preferencias: se unió al marco multilateral y al juego de actor norteamericano-europeo.

Era una obra en construcción. Los años 1945-1950 fueron también un laboratorio. Se procedió con ensayos y errores, con tanteos, con confrontaciones de las realidades de unos con las realidades de los otros.